

en *Papeles de Son Armadans*. Para evocar la casa de los Baroja a comienzos de siglo y a Valle-Inclán en París o los últimos días de Antonio Machado. Para dar fe de vida y de literatura. En fin, a lo largo de este *Periodismo y literatura*, mucho y bueno de ambos hay por descubrir, saltaremos del jardín del pintor Monet en Giverny a un coloquio con el siniestro Duce en la Roma de 1925. Surgen de César Vallejo al escultor Rodin o al presidente Azaña. Cuando a este «periodista errante», al buen decir de César Antonio Molina, le dieron el Premio de la Crítica por *Los galgos verdugos* (era 1974, todavía con el duce de Ferrol vivo), otro ojo avizor

de la España interior, Domingo Pérez Minik, celebró la figura de Corpus, *el reencontrado*: «...de pronto nos lo encontramos ahí, tan cerca, con su bien elaborada prosa, una intemporalidad aprovechada, con ese mundo lleno de emociones, de sorpresas, con las palabras mejor puestas». Insistir en lo bueno no es redundante. Reencontrémonos de nuevo con este contemplador y creador, con las pruebas de *estilo* de un excelente prosista siempre vivo.
—ÁNGEL RODRÍGUEZ ABAD.

Corpus Barga, *Periodismo y literatura*, Madrid, Fundación Banco Santander, 2009.

El germen de su destrucción

DEBO reconocer que mi lectura de *Combates* de Ednodio Quintero (Las Mesitas, Venezuela, 1947) estuvo condicionada por impresiones previas. En algún momento supe que la editorial Candaya iba a publicar los «cuentos completos» de un autor que no sólo seguía vivo sino que estaba aún, al parecer, activo (es decir: un autor que no había abandonado la literatura). Enseguida llegó la explicación: «Ednodio ha decidido dejar de escribir cuentos, porque ya domina la técnica, sabe cómo hacer cuentos perfectos y ya no le interesa». No recuerdo qué pensé exactamente, pero

sé que aquello me hizo reflexionar. Mi pensamiento, he de reconocerlo, oscilaba entre la admiración y la sospecha. Después, en Venezuela (el país en el que los relatos de Quintero entran en los programas universitarios de literatura: no en vano se le considera el autor más destacado de su generación, con perdón de la extraordinaria Victoria de Stefano), en un viaje en coche que no terminaba nunca y que nos llevó desde Trujillo hasta Mérida, en los Andes venezolanos, Olga Martínez Dasi (responsable, junto a Paco Robles, de la exquisita editorial Candaya) señaló el paisaje y dijo «este es el territorio de

los cuentos de Ednodio». ¿Qué paisaje era ese? No sabría decirlo. Un paisaje lunar, despojado, extraño; el filtro de la sangre, que sabía que nos acercábamos a los cuatro mil metros de altitud, protestaba. El cuerpo humano no se diseñó para soportar ciertas cosas. El páramo: el paisaje más extraordinario que he visto nunca. Un paisaje capaz de condicionar cualquier lectura.

Después llegamos a Mérida y allí conocí al mítico Ednodio Quintero, en la recepción del hotel, impassible, como un samurai, y después también lo vi en la presentación de *Combates* en una librería de Mérida, «La ballena blanca»; regentada por Alejandro Padrón y un importante centro cultural de la ciudad universitaria andina. Aquel fue mi primer contacto con las peroratas de Ednodio, un género acaso nuevo, terriblemente divertido y, al menos para mí, melancólico. El lenguaje que se busca a sí mismo y se aniquila. Después recuerdo a Ednodio Quintero haciendo el discurso de orden en un acto universitario antes de que subiera al estrado el escritor al que la universidad iba a conceder un doctorado *honoris causa*. Ese escritor era Enrique Vila-Matas.

No leí *Combates* allí, en Venezuela, sino aquí, en España, en un viaje de Barcelona a Zaragoza. «¿Sabías que la elipsis es mi figura predilecta?». Eso dice un personaje de «Sombras en el agua», uno de los relatos del libro. Podemos aplicarnos el cuento, y nunca mejor dicho.

El volumen que nos ocupa reúne dos libros de Ednodio Quintero, *El*

combate y *El corazón ajeno*, sus dos libros de relatos más recientes, acaso los últimos. El siguiente volumen, *Ceremonias*, completará la recopilación de su narrativa breve. En total, abarcará aproximadamente setenta relatos del total de 144 (ni uno más, ni uno menos) que ha escrito. Por cierto, al final de *Combates* hay un apartado que, bajo el título de «Últimas historias», reúne cinco textos. Si comprobamos cuántas páginas ocupa cada uno de esos últimos relatos, nos encontramos con la siguiente serie: 7-7-4-3-1. Repito: 7-7-4-3-1. ¿Cuál es el siguiente número de la serie?

En los relatos de Ednodio Quintero está toda la tradición cuentística conocida. Está la tradición oral, y también la tradición escrita. Está Poe y están *Las mil y una noches*. Sus cuentos son americanos y europeos, y también algo japoneses. La tradición culta y la tradición popular se solapan y no se molestan, como oriente y occidente. Las Furias, también llamadas Erinias, o Euménides, surgen de una excursión campestre. Las pelirrojas representan al demonio, aunque, como en la vida real, nunca podemos estar seguros. La huida, el viaje, la virginidad, el doble, la selva, el agua y algunos animales (por ejemplo el halcón, el caballo, la culebra y el tigre, todos ellos de resonancias míticas) comparten espacio con los aviones, con Tarantino, con The Cure, con tabernas medievales y con tabernas actuales y con tabernas que están fuera del tiempo y del espacio, con Björk, con los tamagotchis y con el pintor Philip West (que vivió en Zaragoza,

donde Ednodio lo visitó hace ya veinte años). A veces parece que nos encontramos leyendo un cuento de Cortázar («Caza»), o de Kafka («Solitudes»), o de un autor del siglo XIX que hubiese viajado en el tiempo y se hubiese vuelto loco. A veces parece que hemos dado con el gran escritor existencialista del siglo XX, oculto hasta ahora, descubierto de repente. Como en el ying y el yang, el humor se confunde con lo terrible, el deseo con el rechazo, lo corporal con lo espiritual, y todo es un festín, acaso un festín diabólico, aunque seguramente no lo sea. Los relatos de Ednodio Quintero son duales, ambivalentes, y en esa dualidad radica gran parte de su eficacia y de su conmovedora belleza. Creo que es injusto decir que los relatos que componen *Combates* son alucinados, aunque sería fácil decirlo, no costaría nada. Son todo lo contrario, precisos como un bisturí.

En «El corazón ajeno», uno de los relatos que componen el libro, aparece una serie de reflexiones sobre el género. Por ejemplo: «Un relato es una carrera contra el tiempo, donde cuenta, por encima de cualquier artificio o malabarismo de salón, la velocidad». Y también «Un relato soporta hasta cierto punto digresiones y distracciones. Hasta cier-

to punto, ¿oíste bien? Un relato exige velocidad. Y continuidad, aun cuando esté roto en pedazos. Un relato que se respete debe contener en sí mismo, a la manera de un kamikaze de papel, el germen de su destrucción». Esa poética, o esa intención, expresada de forma tan precisa, se cumple en los relatos que componen *Combates*. Es un libro en el que hay muchos cuentos perfectos, es verdad, pero por encima de esa perfección formal, hay algo que conecta con el lector de una forma física, palpable. La sensación de que la realidad, como en las páginas de Ednodio Quintero, está a punto de disolverse y de reconfigurarse, como en «El sur» o en «La repetición», cuentos magníficos, impecables. Tengo la sensación de que esos cuentos contienen, de hecho, «el germen de su destrucción». Pienso en «Carta de relación» o en «El combate», pienso en todos y cada uno de los cuentos que aparecen en este libro, y tengo la sensación, una vez más, de que la literatura vale la pena, de que la literatura está a punto de destruirse y de volver a empezar. —MIGUEL SERRANO LARRAZ.

Ednodio Quintero, *Combates*, Barcelona, Canadaya, 2009.